

ESPEJO CÓNCAVO

Hacía ya tiempo que no la veía. Siempre intentaba evitarla, pero esta vez fue distinta a las demás. Hubo una temporada cuando vivíamos en Castrojeriz que me pasaba meses sin verla, y eso en cierto modo me calmaba. Lo peor vino cuando nos mudamos a Burgos. Papá y mamá insistían en que debía procurar llevarme bien con ella, aprender a quererla “tal y como era”. Como si fuese tan fácil. Pensar en ella tampoco me gustaba. A veces no me daba cuenta hasta que notaba el sabor salado de una lágrima. Otras ni era consciente. Entonces era mi madre la que se alarmaba al ver el rastro húmedo en mi carrillo. Mamá siempre fue una exagerada. En realidad, nunca llegué a explicarle bien mis motivos. O por lo menos ella nunca llegó a entenderlos. Nadie lo hacía. Supongo que sería mi culpa. Mis profesores siempre me decían que carecía de elocuencia. Tuve que buscar en el diccionario la definición. Así entendí que hablar no era lo mío (¿y qué era lo mío?).

Una vez me crucé con ella yendo a la ducha. Desnuda; desnudas. Lo primero que recuerdo es una especie de bruma envolviendo mi cerebro. Luego alcanzó mis retinas. Yo ya había cerrado los ojos. Cientos de pensamientos diferentes circulaban por mi mente, en todas las direcciones. Me atravesaban, de un lado a otro. Sin parar. Mis oídos se invadieron de latidos ensordecedores. Pum, pum, pum, pum. Después, oscuridad. Cuando los volví a abrir solo me acordaba de una figura desvaída, de caderas amplias con marcas de estrías impresas en su piel.

Transcurrió el tiempo y esa situación se convirtió en algo rutinario. Un día en matemáticas aprendimos lo que era la espiral áurea. Podía ver como la espiral crecía de forma infinita con un radio cada vez más pequeño. La profesora dijo que

así se representaba la galaxia. Y me imaginé a mí flotando en la galaxia, sola, sin ella. Decidí que esa espiral era una buena forma de identificar mi estado de ánimo. Aunque mamá tampoco lo entendió.

A veces me preguntaba si habría forma de salir de esa espiral. Si en lugar de menguar y mermarse pudiese expandirse hacia afuera, en sentido contrario a las agujas del reloj. Y al acabar, cogerla por el extremo y desplegarla, hasta que fuese una recta. Una recta por la que caminar sin inquietudes, mirando al frente.

Fue al volver del instituto cuando sin querer me la encontré en el escaparate de una panadería de reciente apertura en mi barrio. Hacía ya un par de meses que no nos encontrábamos. Esta vez fue diferente. Primero mi mirada se clavó en sus pies. En los dedos gordos que rebasaban la suela de las sandalias. Y fue subiendo hasta encontrarse con sus ojos, que tenían un brillo distinto. Incluso parecían haber cambiado de color. Ahora eran de un marrón avellana, casi dorado. Como los de mi padre. El contacto visual se mantuvo. Uno, dos, incluso tres segundos. Y me permití el lujo de sonreírle. Y ella, me devolvió la sonrisa.

Daniela Ferreiro.